

Prefacio (o el por qué de este trabajo)

Recuerdo vívidamente aquella mañana, de fines de marzo, en la que, al lado de mi madre, muy preocupada, observábamos, desde el lavadero de nuestro departamento, aquellos militares que, en el silencio de la madrugada, a los gritos, parados en el medio de la avenida, desviaban los pocos vehículos que circulaban.

Estaban armados y, de manera violenta, apuntaban a los que querían avanzar sobre la avenida Coronel Díaz, hacia la avenida Las Heras.

Se había iniciado la revolución militar que derrocaba al gobierno de María Estela Martínez de Perón.

Si bien fue un momento que todo argentino desea olvidar, tal vez puedo considerarlo como un punto de partida para este texto porque coincidió con mi debut como empleado, con las implicancias psicológicas que para un joven recién egresado de la escuela técnica puede implicar, y porque se abría, sumado a esto, un período de situación social muy compleja.

Es decir, ingresaba al ruedo de la vida, en un nuevo plano de acción y con un escenario social y político difícil.

En febrero de ese año, 1976, había iniciado mis estudios en la Universidad y a principios de marzo comenzado a trabajar, por primera vez, como técnico mecánico en una empresa metalúrgica.

Mi madre muy preocupada no quería que saliera ese día; pero sentía que no podía faltar a mi obligación; no concebía, o más bien, no dimensionaba la circunstancia que se vivía, pero también valoraba la oportunidad de poder trabajar y así lograr el aporte económico a mi familia, única posibilidad que me permitiría estudiar ingeniería.

¡Y pensar que estudié de técnico mecánico por equivocación!

Tal vez porque era muy molesto -tendría unos 7 u 8 años-, o para no sentirse solo, mi padre me llevaba los sábados al taller mecánico donde trabajaba. Allí, entusiasmado, me abocaba a lavar con kerosene piezas de autos, luego, con más experiencia en estas lides, a desarmarlas, y más adelante, ya todo un experto, a armarlas. A muy temprana edad entendía y podía explicarles a mis amigos, el funcionamiento de un motor, de una caja de cambios, el sistema de amortiguamiento y otros detalles de un vehículo. Es así que estaba convencido que la mecánica consistía exclusivamente en desarmar y armar partes de un automóvil y es por ello que fácilmente acepté la decisión de mis padres de concurrir a un colegio secundario técnico.

Pero, con el transcurrir de los años, descubrí que la mecánica era mucho más fascinante y que el desarmar y armar piezas de un auto era sólo una ínfima parte de ese mundo de fuerzas, movimiento, de expresiones matemáticas que todo lo explican, de ensayos y experimentaciones, y de un infinito surtido de máquinas e instalaciones que se expresan -para el que sabe entenderlas- de alguna manera.

¡Por suerte me había equivocado acertadamente!

Y es allí, en la Universidad donde confirmé que la ingeniería mecánica era mi destino.

Sin dejar de trabajar en ningún momento, haciéndolo intensamente, pude financiarme, holgadamente, los estudios, y lograr la graduación a los siete años de haber ingresado.

En el medio, cientos de anécdotas laborales y estudiantiles que serán motivo de coloquio en otro momento.

El ejercicio de la ingeniería, que en realidad se empalmaba con mis varios años previos en la industria como técnico, permitió que me vinculara con muchas personas y empresas, conocer sus características, virtudes y defectos, progresos y fracasos, ideas y emprendimientos y, especialmente captar la visión continua, como en una película que aún continúa, de la evolución y transformación de los paradigmas que la dirigieron a lo largo de más de 30 años de actividad.

Muchas vivencias me parecen interesantes para transmitir, ya sea por lo cómico, por lo enojoso, o por lo educativo que pueden significar algunas de ella.

He escrito algunos libros de neto corte didáctico o académico, y quería probar con otro, que se alejara de esas características, que me pusiera a prueba en la creación de un texto narrativo, de agradable pasatiempo, de aquellos que se leen antes de ir a dormir, o durante un viaje, sin apuro, que conlleve el desafío de resultar atractivo, siendo esta propuesta, tal vez, la respuesta a la pregunta que figura como título en este prefacio.

También quise que este trabajo, al mismo tiempo que desestructurado y simple, fuera útil a los futuros profesionales, con lo cual, ahora que lo pienso, no sé si cumple con el objetivo predispuesto, pues parece que no puedo desprenderme de la inclinación docente, o quizás los años ya me presionan a actuar de consejero.

De todos modos, con una cuota de egoísmo, me ha divertido mucho escribirlo, y desaparecería esta asignación de personalismo si el lector disfruta de alguna de sus páginas.

Contenido

El “Chim-Pum” de mi máquina.	5
El embrague resbala.	11
Bizarría herida.	19
Un obsequio sin trámite burocrático.	25
De cómo cada uno debe saber ocupar su lugar.	31
El mérito es de Lucía.	35
Julio Enrique y su máquina de envasar pastillas.	41
Demasiado bueno, por eso no lo compramos.	47
La fuga de un comprador.	55
Historias de desplantes y esperas.	61
Un dentado que no muerde.	67
Interpretación libre del Capítulo XIV del Príncipe, de Nicolás Maquiavelo.	77